

# ***En esto pensad***

Filipenses 4:8

## *Lecturas de edificación cristiana*

### **Contenido**

Posición cristiana y estado práctico	37
Persiste tú en lo que has aprendido	50
Guardar, retener, perseverar, velar	53
Sé sobrio en todo	57
Meditaciones breves (II) El cuerpo del redimido	61
Ha resucitado el Señor verdaderamente (VIII y IX)	63

**Año XII. N° 2**

**Marzo - Abril 2007**

## **EN ESTO PENSAD**

**LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA**

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian  
Cap. Cairo 546  
B 1842 CSB Monte Grande  
Buenos Aires  
Argentina

©2007 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios, citando la fuente:

« **EN ESTO PENSAD, LECTURAS DE EDIFICACIÓN CRISTIANA,**  
**[www.lecturasbiblicas.org](http://www.lecturasbiblicas.org)** »

Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

## NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

### Abreviaturas:

BAS	= Biblia de las Américas
RV 1909	= Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	= Reina-Valera Revisión 1977
RVA	= Reina-Valera Actualizada 1989
VM	= Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	= Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	= Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

## POSICIÓN CRISTIANA Y ESTADO PRÁCTICO

2.<sup>a</sup> Corintios 12

MEDITACIONES DE J.N.D.

Nº 262

### *La moralidad y la posición en Cristo*

Pablo era ese hombre, “tal hombre”, que había sido arrebatado hasta el tercer cielo; pero él se gloriaba y decía gloriarse en sus debilidades. Ellas servían de contrapeso a la grandeza de las revelaciones que le habían sido dadas. Pablo se gloria de “tal hombre”. La verdadera posición cristiana reside en gloriarse plenamente de lo que somos en Cristo.

Pero, en el capítulo que estamos considerando, también se manifiesta lo que es la carne, y demuestra qué contraste puede haber entre los diferentes estados espirituales de los creyentes. Efectivamente, en estos textos se encuentra al creyente en el más alto grado de su elevación espiritual —el hombre en Cristo— y, al final del capítulo, al creyente que anda según la carne, e incluso empedernido en alguna medida. Cuando consideramos las cosas tan aflictivas que suceden en medio de los creyentes es sorprendente ver hasta qué punto ellos pueden descender.

Al tratar estos temas es muy importante no errar. El cristianismo, por cierto, ha refinado las costumbres y ha influido sobre la moralidad que imponen, fuera de él, las relaciones que tienen su origen en la creación. Por ejemplo, el hecho de ser un buen marido, un buen padre, etc., se relaciona con la posición en la cual el hombre se encuentra colocado en su calidad de

criatura. Si Dios ha intervenido y ha introducido mediante el cristianismo un principio nuevo que nos coloca por encima de la creación, un efecto de tal poder de Dios obrando en los suyos ha sido dar a las relaciones naturales más fuerza que antes.

En toda la esfera en que se ejerce la influencia cristiana, a aquel que falta a esas relaciones se lo considera un criminal; el Señor pone su sanción más formal sobre ellas. ¡Ay de quien se aparta de lo que Dios ha establecido! Pero el cristianismo es otra cosa; Pablo se encuentra en un terreno totalmente distinto, es decir, el de otra naturaleza. La vieja naturaleza puede cambiar de aspecto, pero no cambia en su esencia. Los paganos tenían por dioses a demonios que excitaban a los hombres a satisfacer sus codicias, y los convertidos tenían mucha dificultad para obtener la victoria sobre sus costumbres corruptas.

Podemos sorprendernos de que el apóstol, hablándoles a creyentes, haya tenido que decir a los efesios: “El que hurtaba, no hurte más, etc.” (Efesios 4), pero lo que sucedía era que ellos estaban habituados a estas cosas, e incluso eran enseñados a hacerlas. Esos paganos no tenían en su conciencia ninguna relación con un Dios conocido. Hoy en día más bien hallaríamos lo opuesto; a causa de la extensa influencia cristiana, un hombre puede ser lo que llamamos una persona honesta aun cuando sea un inconverso y no tenga la menor idea de lo que lo une al primer Adán. El hombre, por tanto, se engaña acerca del verdadero estado en que se encuentra, pero en él no hay poder.

El cristianismo introduce una relación completamente nueva con Dios mismo, en Cristo. El hecho de que una esposa sea fiel a su marido o viceversa, por bueno que sea en sí mismo, no tiene nada que ver con esta nueva relación; eso no es estar en Cristo. Esforzarse en buscar solamente una moralidad exterior,

en el mejor de los casos, lo único que podría hacer sería restablecer el orden fijado en la primera creación. Es preciso no confundir esto con la relación en la cual se encuentra puesta un alma vivificada con la nueva vida que le pertenece a Cristo y que nos introduce en una posición donde ninguna de las relaciones de este mundo subsistirá, es decir, en la gloria.

### *Dos estados espirituales incompatibles*

Es notable ver la manera en que el apóstol aborda el asunto para referirse al alma puesta en relación con Dios, a fin sacarla del estado espiritual malo en que se encuentra. Al dirigirse a los corintios, su único objetivo era lograr que salieran de tal condición. Él menciona todo el bien posible de ser hallado en los creyentes cuyo comportamiento era de la peor índole, para guiarlos a conducirse de una manera digna de la relación en la cual Dios los había puesto.

Entre los corintios había quienes hacían cosas que ni aun se nombraban entre los paganos, porque los creyentes caen incluso más bajo que el mundo cuando las verdaderas motivaciones cristianas llegan a faltarles; y, como para los creyentes no existen otras motivaciones, cuando las pierden Satanás aprovecha la situación y los manipula. El apóstol tuvo que decirles: «Si no muestran arrepentimiento, tendré que ir con vara»; era una advertencia. Él tenía sus razones para obrar así; podía hacerlo porque les hablaba a creyentes. Nunca se dirigió a convertidos como si fueran inconversos; estos son dos estados espirituales incompatibles. Pero les escribió a los corintios como a creyentes carnales.

El creyente carnal es un creyente, no un “hombre natural”. El creyente tiene el Espíritu, y aun así puede llegar a

encontrarse en un estado carnal, lo cual sucedía con los corintios, pero no por esto dejaban de ser creyentes; la prueba de ello se encuentra en que uno de ellos había sido restablecido a la comunión. El creyente inconsecuente cae en el mal, pero el pecador inconverso, incluso si respeta las relaciones naturales, no tiene la vida de Cristo.

El hecho de que podamos ser consecuentes con la vieja naturaleza no indica que seamos poseedores de la nueva creación; y, si no permanecemos velando, esta nueva creación en nosotros no impedirá que caigamos en un estado carnal. El castigo de Dios sobre uno de los suyos quizá pueda llegar hasta el extremo de quitarle la vida en esta tierra; esto sucede incluso en nuestro tiempo. He aquí hasta dónde puede caer un creyente.

No estamos en la carne, pero la carne sí está en nosotros. Sólo que el creyente inconsecuente encuentra más barreras que el inconverso, las cuales enfrenta endureciendo su cerviz; mientras que el inconverso no necesita hacerlo. El hombre del mundo busca el placer y lo declara abiertamente; en cambio, el creyente no puede manifestar libremente la búsqueda de placer, por lo cual en esa situación su estado viene a ser más triste que el del hombre del mundo.

Tal es la aflictiva situación de las cosas que se pueden ver en los creyentes. “¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara?” (1.ª Corintios 4:21).

### ***La liberación perfecta de parte de Dios***

Pero, he aquí la otra cara del asunto, la de la gracia. El creyente puede hallarse en el tercer cielo, en un estado tal como el que se encontró Pablo, quien no podía explicarlo. Es cierto que hoy en día no hay ni visiones ni revelaciones, pero Pablo nos

hace comprender la relación que hacía posible que él hubiera estado allí; se trata de la relación de “un hombre en Cristo”.

Hallamos esto incluso en las cosas comunes. ¿Cómo es posible que pecadores lleguen a ser instrumentos útiles para la conversión de otros pecadores o para la edificación de los creyentes? “Llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres” (Efesios 4:8; cf. Salmo 68:18). Cristo, quien según el amor de Dios, descendió a las partes más bajas de la tierra, subió a donde está Dios. Los que eran esclavos de Satanás fueron librados del poder de éste y están en Cristo de una manera tan absoluta, en virtud de una liberación perfecta, que pueden ser utilizados para librar a otros.

No se trata de que las disposiciones del corazón natural sean cambiadas. Los israelitas en el desierto pensaban en las cebollas de Egipto y murmuraban contra Moisés, de manera que Dios tuvo que hacer descender su juicio sobre ellos. En el fondo de todas sus maldades yacía el olvido de su liberación de Egipto y la ingratitud acerca de la promesa de Canaán. Su libertad no había menguado; ya no estaban en Egipto, y los combates los esperaban en Canaán y no en el país donde fueron esclavos. En lo que se refiere a su esclavitud en Egipto, la liberación había sido completa; Israel ya no le pertenecía, en ningún grado, a Faraón, sino a Dios. Lamentablemente, ellos podían murmurar contra Dios, pero, aun así, le pertenecían a Él.

Moisés decía que ese era un pueblo de dura cerviz, y tenía razón; pero Balaam fue forzado a declarar: “No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel” (Números 23:20-21). Dios los había librado; era Su propio trabajo; y esto no es otra cosa que una figura de la redención eterna que Cristo obtuvo para nosotros. Balaam profetizaba en el momento en

que el pueblo iba a desviarse en pos de Baal-peor y en que un hombre iba a pecar de manera ultrajante bajo la mirada de los sacerdotes. Entonces, Dios intervino gubernamentalmente y veinticuatro mil hombres fueron cortados en un día; pero Él no permitió que su pueblo fuera acusado. Dios se ocupó de éste. Pero cuando el enemigo preparó sus acusaciones, erigiéndose como juez e intentando poner en evidencia el mal para que Israel fuera maldecido, Jehová dijo que no veía ningún mal en su pueblo.

Así sucedió también cuando el sumo sacerdote Josué estaba delante del Ángel de Jehová y Satanás se presentó para acusarlo (Zacarías 3). Josué no necesitó defenderse a sí mismo. Él era un tizón arrebatado del fuego; ¿acaso Satanás podría ponerlo nuevamente en el fuego? Dios es el que justifica, y él sabe lo que es necesario para justificarnos.

Nuestros pensamientos siempre son muy imperfectos. No esperemos tener pensamientos convenientes relativos a la cruz de Cristo antes de que entremos en el cielo. Pero Dios conoce el valor de la sangre de Cristo. Y Dios es quien me juzga; yo no puedo hacerlo como Él. Esto es lo que da seguridad al creyente. Dios dice: “Veré la sangre y pasaré de vosotros” (Éxodo 12). Sería necesario que Dios despreciara la sangre de su Hijo para ver el pecado que ella cubre, y esto es imposible. La sangre pone a cubierto del juicio a todo aquel que está puesto bajo la aspersión de ella; el Dios de juicio no podía entrar en las casas marcadas con la sangre del cordero de la pascua.

Los israelitas salieron de Egipto a causa de la eficacia de esa sangre; luego fueron librados en el mar Rojo y, de allí en adelante, el pueblo fue pertenencia de Dios. Así también Cristo,

habiendo cumplido la obra de la redención, subió a lo alto con su propia sangre, y envió el Espíritu Santo. Los embates de Satanás contra el ejército de Jehová fueron vanos. Moisés pudo decir: “Jehová-nisi” (Jehová es mi estandarte). Quizás era un ejército pobre y que llegó a ser derrotado cuando en medio de él se encontró Acán con su manto de mucho precio y su lingote de oro, pero Jehová lo reivindicó como suyo. Así también sucede con el “hombre en Cristo”.

### *Un hombre en Cristo*

Hay grados muy diferentes en la percepción de ello; pero, en cuanto a la posición, todo creyente es un “hombre en Cristo”. El creyente no es un hombre en Adán; no está en la carne. Cuando discernimos que estamos realmente en Cristo, comprendemos por qué el apóstol pudo escribir: “De tal hombre me gloriaré.” No puede ser de otro modo. Eso fue también lo que le hizo decir frente a Agripa: “¡Quiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino también todos los que hoy me oyen, fuéis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!” (Hechos 26:29).

Esto no significa que él tuviera una buena opinión de sí mismo: “No... que ya sea perfecto... Yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado”, dice en otra parte (Filipenses 3). Pero el que hablaba así era un hombre en Cristo, perdonado, puesto aparte, que gozaba de la paz de Dios, que comprendía el amor del Padre. Pablo bien podía desear que todos fueran tales como él era; del mismo modo, nosotros podemos desear que todo el mundo sea tal como somos, en esto podemos gloriarnos de lo que somos. Si a esto se le llama falta de humildad, entonces Pablo no fue humilde. Dios, por medio del mensajero de Satanás,

quiso humillar la carne, pero no impedir que el “hombre en Cristo” se gloriará. Como hombre, Pablo estaba en Cristo, y no sabía si era él como hombre quien había estado en el cielo. He aquí lo que no es humilde: la mezcla del estado de mi corazón con mi posición en Cristo. Pensar en nuestro propio estado espiritual y estimar que podemos estar satisfechos es orgullo.

Quizá podemos decir: «Es un grado en la escala de mis progresos espirituales»; pero de este modo hacemos que nuestra paz no dependa de la sangre de Cristo; mientras que si hablamos de un hombre en Cristo, se trata de una posición que delante de Dios está completa y definitivamente establecida. ¿Hay progresos en Cristo? Seguro que no. Con frecuencia confundimos la posición que Dios nos ha dado con los progresos en la percepción, en los goces de ella. Si tenemos conciencia de lo que Dios nos ha hecho ser en Cristo, es imposible no gloriarnos de estar en Cristo, incluso si nos hallamos en medio de las ocupaciones de la vida.

Estamos muertos y resucitados con Cristo; ahora no hay más condenación para nosotros; somos amados tal como es amado Cristo. Si cometemos algún mal, el Espíritu de Dios obra valiéndose de nuestra posición, por así decirlo, para aplicarla a nuestra conciencia, y no a nuestro corazón. Él nos reprende; pero no nos dice: «Tú no estás en la posición.» Él llena nuestro corazón de esta posición en lugar de llenarla del sentimiento de haber cometido un hecho malo. Dios utiliza la posición para hacernos salir del mal. El estado normal, feliz, del creyente consiste en no tener la necesidad de pensar en sí mismo. “Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé...” El Espíritu de Dios obra dándonos la conciencia de estar en Cristo.

### *Nuestra propia opinión o la gloria de Cristo*

He aquí nuestro privilegio. El apóstol siente la realidad de ello de una manera del todo extraordinaria. “Pero”, dice él, “de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades... Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne...” La carne es irremediabilmente mala; la posición en Cristo no cambia nada en absoluto de nuestra mala naturaleza; cualesquiera que sean los vestidos con que se la cubra, en el fondo permanece sin cambios.

Esa vieja naturaleza está enteramente condenada; Dios no la cambia; Él solamente obra para someterla, destruirla, darle muerte. Cada vez que surge en el creyente el menor movimiento de esa naturaleza, la misma se revela más mala que nunca, pues, efectivamente, éste tiene el Espíritu de Dios en él, y la carne lucha contra este Espíritu. La carne dice: «¿Quién ha estado en el tercer cielo? Nadie más que tú; ¡gloríate, pues en ello!» Dios no tiene, de ningún modo, la intención de quitarle a la carne su maldad o de enmendarla; si hubiera sido enmendada no le habrían dado muerte al Hijo de Dios. Él vino al mundo y fue necesario que muriera allí. Esto significó la condenación de la carne. Y ahora, cuando la vida de Dios se manifiesta en este mundo, es necesario que la carne sea tenida por condenada, por muerta. El propio Satanás no es más que un instrumento en las manos de Dios para quebrantarnos.

Dios había provisto lo necesario para que Pablo no se enorgulleciera, pero hay casos en que es necesario que el hombre sea humillado. Pedro tuvo que ser zarandeado como el trigo; sintiendo demasiada confianza en sí mismo, llegó a jurar que no conocía al Señor. Pero Él, en su gracia, había rogado por

Pedro, y tal gracia no le faltó. En lugar de ir a colgarse como Judas, Pedro lloró. Cuando Jesús lo restauró, no le dijo: «¿Por qué me has negado?», sino: “¿Me amas más que éstos?” «¿Dónde ha quedado la confianza en ti mismo, Pedro? He aquí a dónde te ha llevado ella. ¿Volverás a sentir lo mismo? Ahora que has aprendido que no puedes confiar en ti mismo, Yo te confío mis ovejas.» En el caso de Pablo, Dios lo previno; le envió un mensajero de Satanás para que no se exaltara y le brindó la capacidad para comprender esto.

Si estamos en comunión con Dios podemos juzgar el mal, y entonces no tropezaremos; si no, necesitaremos descubrir el mal en sus frutos, en lugar de haberlo descubierto y juzgado en su raíz. ¿Quién pensó de antemano en lo que Satanás iba a hacer respecto a Job? Sólo Dios. Satanás no fue otra cosa que un instrumento en Sus manos. Dios lo dejó obrar, pero no apartó su mano de Job hasta que se produjera el fruto deseado. Después de haber soportado la pérdida de sus bienes, de sus hijos y de su salud, Job habría podido decir: «Yo he sido afable y generoso en la prosperidad, y paciente en la adversidad», y habría podido sentirse más satisfecho de sí mismo que precedentemente. Pero cuando llegó a maldecir su día, Dios lo sostuvo. Job creía tener mucha seguridad para encontrar a Dios, pero Dios quería quebrar su voluntad para hacer subir a su conciencia lo que ya estaba en su corazón, es decir, la satisfacción de sí mismo. Entonces Job tomó su lugar, arrepentido “en polvo y ceniza”.

Cuando Dios nos creó en Cristo (cf. Efesios 2:10), el poder de la nueva vida se encontró en contacto con todo lo que se encuentra en la carne, a fin de que la diferencia se manifestara plenamente y que todo fuera juzgado. La educación que Dios

imparte al creyente está fundada en nuestra posición en Cristo. Esto no significa que, en la práctica, la fuerza y el poder para el creyente se encuentren en el hecho de estar en el tercer cielo, sino que las dos cosas se desprenden del hecho de haber estado allí. Estar en el tercer cielo no implicaría depender directa, inmediata y constantemente de Dios, como le conviene a una criatura; no sería el lugar que nos corresponde como criaturas tales. La fuerza práctica se encuentra en el hecho de depender continuamente de la fuerza que se halla en Cristo.

Es preciso despojarse de nosotros mismos, para decir, efectivamente: «Fuera de Cristo, sin él, no podemos hacer nada», y para no desear dar un solo paso si Él mismo no obra en nosotros. La ventaja que tiene un creyente veterano sobre uno joven se encuentra en el hecho de que aquél, por experiencia, pudo aprender más estas cosas. Moisés mató a un egipcio... y huyó. Podría parecer que, aun cuando todo había sido dirigido para que él llegara a ser hijo de la hija de Faraón, poco importaría que alguien de ese rango hubiera matado a un egipcio. Pero Moisés tuvo que ser extranjero y convertirse en un pobre pastor, para aprender que él no era nada.

### *Gloriarse sólo en Cristo*

En la presencia de Dios, cuando uno se gloria en Cristo no piensa en sí mismo en absoluto. Dios toma tan vasto lugar que uno piensa en su gloria y en su gracia; uno piensa en Dios y se olvida de sí mismo; ¿cómo podríamos manifestar orgullo ante su presencia? Pero, luego de haber estado ante Él, tras salir de su presencia, corremos peligro. Pues el hecho de haber recibido revelaciones expone a pensar en ellas y no en Dios, y así penetra el mal. Corremos un gran peligro de enaltecernos cuando, luego

de haber gozado de Cristo, pensamos en nosotros mismos. Dios nos envía lo que necesitamos para mantenernos en la humildad o para hacernos volver a ella. Cuando Pablo fue constreñido a tomar conciencia de su insignificancia, cuando, al tener que predicar, hallaba en sí mismo lo que podía tornar despreciable su palabra, estas cosas lo mantenían a raya, pero Dios quería que fuera así para que Su poder estuviera con él.

Para gozar de las palabras inefables en el tercer cielo no se necesita fuerza, pero sí la necesitamos para obrar aquí abajo, a fin de ser un vaso de la gracia de Dios para los demás; y para ello es preciso ser anonadado y que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros. Él quiere que sintamos que es su poder el que obra a cada instante y que nosotros no poseemos ningún poder propio. Si Cristo llena nuestro corazón, estaremos contentos en todas las cosas. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte”, Cristo hace la obra.

Que Él sea todo, que Él haga todo; nosotros no desearemos otra cosa. Para esto es necesario ser humillado, es preciso que el hombre no solamente esté en Cristo, sino que Cristo esté en el hombre, que tenga su lugar en el hombre. Nada es más difícil que esto, pues se requiere tener el sentimiento de nuestra entera nulidad. Es preciso introducir a Dios en un mundo que lo ha abandonado, y que Dios sea manifestado en dicho mundo; tal es la medida de la posición cristiana. Toda la cuestión reside en el hecho de que el individuo desaparezca y que Cristo tome su lugar en él plenamente.

Reparar al hombre, ocuparnos del primer Adán, es privarnos de lo que tenemos en Cristo. El nuevo hombre no desea otra cosa sino a Cristo. En Él, todas las cosas son hechas nuevas. No se trata más del primer Adán, sino del hombre en

Cristo Jesús, el hombre que vino del cielo, Dios hecho hombre. Tal vida de Jesús es la que debe manifestar el creyente. El apóstol decía: “Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2.<sup>a</sup> Corintios 4:10). Dadme un hombre muerto, yo os daré un Cristo vivo. No se trata de reparar al hombre, sino de tener por muerta a la carne a fin de que Cristo sea manifestado, de que Dios mismo sea manifestado por medio de la vida de Cristo en el creyente. Todo lo que se relaciona con el viejo hombre es un obstáculo para que ello se viva realmente. Necesitamos comprender que por nosotros mismos no valemos nada.

Dicha manifestación de Dios en el mundo, ¿no es lo que Cristo ha sido? Él fue un hombre perfecto delante de Dios, porque era Dios en el hombre. El creyente está puesto ahora en este mundo para que también él manifieste allí a Dios, pero nosotros no somos sin pecado, como lo era Jesús; de manera que la vida y el poder de Dios se manifestarán en nosotros sólo en la medida en que nuestro viejo hombre sea tenido por muerto. “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.”

¿Nos sentimos satisfechos de que Cristo tenga toda la gloria, de que seamos despreciables aun en nuestro servicio, y de que incluso los creyentes no estén satisfechos de nosotros? Si no es así, es porque no hemos juzgado nuestra carne. Cuando Cristo abarca tal lugar en nuestro corazón que llegamos a depender plenamente de él, entonces somos independientes de los hombres y de nosotros mismos.

Si Cristo no es el todo para nosotros no se debe a que él no se haya dado a sí mismo enteramente por nosotros. Él es

nuestra vida; de su plenitud tomamos todos y gracia sobre gracia. Lo que nosotros tenemos que procurar es tener la conciencia de no ser nada en tal medida que Cristo tenga todo el lugar en nuestro corazón. Nunca tengamos miedo de gloriarnos en Cristo. Pero si nos gloriamos de lo que Dios hace en nosotros, entonces el mal está a la puerta.

He aquí las dos facetas del cristianismo: de un lado se ve al hombre en Cristo; y, del otro un anonadamiento práctico de lo que somos en nosotros mismos, a fin de que la virtud de Cristo more en nosotros. Jamás obtendremos una victoria sobre el enemigo utilizando un medio cualquiera que esté en nosotros. Toda la fuerza del hombre es como paja. ¡Quiera Dios darnos a conocer más qué liberación y qué Libertador tenemos!

(M.E. 1958)

---

## PERSISTE TÚ EN LO QUE HAS APRENDIDO

2.<sup>a</sup> Timoteo 3:14 y 4:1, 5

El Señor nos habla mediante su Palabra, y eso es maravilloso. En estos versículos Él nos dice dos cosas a las cuales debemos prestar la mayor atención, pues las advertencias que hallamos en estos pasajes se refieren particularmente a las circunstancias que estamos atravesando en estos últimos días. El mal se ha manifestado plenamente, y se nos dice: “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido.” El Señor nos dice que persistamos en estas cosas, mientras que Satanás nos insinúa que ahora eso es total-

mente inútil, que todo está terminado, que el mal abunda de tal manera que no queda más nada, y así intenta llenar nuestros corazones de tinieblas y de incredulidad. La voz del Señor se hace oír en tales momentos, para decirnos: “Persiste tú en lo que has aprendido.”

Si Timoteo había aprendido mediante la enseñanza de Pablo las cosas en las cuales debía persistir, en lo que nos concierne a nosotros, también las hemos aprendido de la Palabra enseñados por el mismo Espíritu. No se trata de teorías humanas, sino que el Espíritu Santo nos ha reunido alrededor de la persona del Señor Jesús. ¿No hemos sido apartados de toda organización humana para reconocer la presencia y la autoridad del Señor Jesús en la Iglesia? ¿No sabemos quién nos ha enseñado lo que es la Iglesia, es decir, su Cuerpo?

Han pasado muchos años —marcados de nuestra parte por muchas faltas— desde el momento en que el Señor abrió nuestros ojos para discernir, por la fe, su presencia en medio de algunos congregados en su nombre; y, no obstante, podemos decir que su presencia en medio de sus santos ha sido siempre preciosísima para nuestra alma. ¿Queríamos abandonar todo esto, todo lo que hemos aprendido y hemos gozado durante tantos años?

Las palabras que acabamos de escuchar son dulces para nuestras almas: “Persiste tú en lo que has aprendido.” Nos las dice nuestro Señor mismo, y esta exhortación, una vez más, se nos dirige en medio de todo el mal que se desarrolla en los últimos días. Esta palabra del Señor es completamente suficiente; no tenemos que abandonar en absoluto lo que hemos aprendido de Él, pues Él mismo nos dice: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Apocalipsis 3:11).

Después de haber descrito y anunciado esos días malos en las dos epístolas a Timoteo, el Espíritu Santo hizo escribir a Juan el maravilloso capítulo 17 de su evangelio. En ese capítulo hallamos las palabras que el Señor pronunció antes de su partida, palabras que nos muestran lo que él deseaba para aquellos que el Padre le había dado. Sin duda alguna, los deseos de Cristo, llenos de ternura hacia nosotros, están expresados también en estas palabras: “Persiste tú en lo que has aprendido.” Cuanto más conozcamos el invariable amor de Su corazón, tanto más desearemos persistir en las cosas que hemos aprendido. Tales deseos de Cristo hacia nosotros ¿podrían hacernos pensar que, ya que el mal y la ruina han sido introducidos, lo único que podríamos hacer es replegarnos sobre nosotros mismos y dejar de proclamar ante el mundo nuestra unión con Él y con los hermanos? La fidelidad individual, al igual que la responsabilidad de cada uno en medio del mal y el desorden, reside en esto: “Persiste tú en lo que has aprendido.”

Notemos ahora el orden que señalan estos versículos en 2.<sup>a</sup> Timoteo. Primeramente, la instrucción de persistir en las cosas aprendidas. En segundo lugar, hacer obra de evangelista, cumplir el ministerio que el Señor nos ha confiado... etc. No nos corresponde invertir ese orden. Por pobres y débiles que seamos, el Señor nos ha dado una responsabilidad en la Iglesia de Dios. ¡Qué tiempo para la fe! A pesar de los esfuerzos que Satanás hace en el presente, sepamos elevar nuestros corazones al nivel del amor de Cristo por su Iglesia, el cual corre como un río. Así también el amor de Dios correrá, por medio de nosotros, a través del Evangelio hacia el mundo entero.

Persistamos en las cosas que hemos aprendido, no abandonemos ni una jota de esas preciosas enseñanzas; enton-

ces tendremos un campo más vasto para predicar la Palabra y hacer la obra de evangelista. En Juan 17 vemos cómo el corazón del Señor abarca a todos los que el Padre le ha dado; y si, después de todo, el mal se introdujo en la Iglesia profesante, ¿no abarcaríamos en nuestros corazones, en el amor de Cristo, a todos los que son suyos? Él nos mostrará entonces cómo, limpiándonos de los vasos de deshonra, podemos ejercer al mismo tiempo un servicio lleno de amor hacia todos los suyos. Pero en medio de la confusión actual y ante los incesantes esfuerzos del enemigo, escuchemos lo que el Señor nos dice: “Persiste tú en lo que has aprendido”. Que estas palabras permanezcan grabadas en nuestro corazón.

*C. Stanley (1821- 1890)  
(M.E. 1959)*

---

## GUARDAR, RETENER, PERSEVERAR, VELAR

Estas palabras, repetidas a menudo en la Palabra, ¿no nos recuerdan cuánto necesitamos que nuestros débiles corazones sean exhortados y alentados, y cuán numerosos son los peligros a los que estamos expuestos? Hemos recibido un magnífico tesoro, ¡guardémoslo! Se nos ha concedido una maravillosa posición; ¡permanezcamos en ella y retengámosla! Tenemos una carrera que recorrer, un objetivo que alcanzar, ¡perseveremos! Hemos sido llamados de las tinieblas a la luz admirable de Dios, ¡velemos! Veamos algunos pasajes respecto a lo que debemos hacer frente a estas responsabilidades:

### ***Guardar la Palabra del Señor***

“El que me ama, mi palabra guardará” (Juan 14:23). “El que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1.ª Juan 2:5).

Su Palabra nos habla de Él, de su amor, de su humillación, de su gloria; ella llena nuestros corazones y pensamientos de la persona de Cristo; nos alimenta de Él, reanima nuestra vida; es la Palabra de verdad; somos santificados por ella: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Ella nos limpia.

Guardar la Palabra de Dios es la preciosa parte del fiel, tal como lo expresa el Salmo 119: “Mi porción es Jehová; he dicho que guardaré tus palabras” (v. 57). “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (v. 105).

La Palabra nos ha sido confiada para que la guardemos con fidelidad, tal como nos fue dada, en toda su pureza. “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado” (1.ª Timoteo 6:20). Existen preciosas promesas para aquellos que la guardan; hay promesas hechas a Filadelfia (Apocalipsis 3:8), y promesas para aquellos que guardan la palabra de la profecía (Apocalipsis 1:3; 22:7).

### ***Guardar la fe***

Es la exhortación que se le dirige a Timoteo por medio del apóstol Pablo: guardar la fe y una buena conciencia (1.ª Timoteo 1:19). El apóstol lo había hecho y podía decir: “He acabado la carrera, he guardado la fe.” Guardar la fe consiste no sólo en creer lo que se escucha mediante la Palabra de Dios, sino también en obedecer y aguardar la promesa, “la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios

y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13), en vivir por la fe, pues “el justo vivirá por fe” (Hebreos 10:38).

### ***Retener con firmeza***

Somos blanco de los ataques del diablo; tenemos que luchar contra él y mantenernos firmes contra sus artimañas; y si no tenemos ninguna fuerza en nosotros mismos para hacerlo, la hallamos en el Señor. Se nos indica que tomemos toda la armadura de Dios (Efesios 6) y que nos vistamos de ella; sus elementos son la verdad, la justicia, el evangelio y la fe que es un escudo que no puede ser taspasado por los dardos de fuego del maligno; y, para vencer a este enemigo, tenemos una espada, la Palabra de Dios, el arma con la cual el Señor lo venció. Santiago, en su epístola, dice: “Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (4:7).

El apóstol Pablo, dirigiéndose a los corintos, les dice: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes” (1.ª Corintios 15:58). “Velad, estad firmes en la fe” (1.ª Corintios 16:13). A los hebreos se les dice: “Retengamos (con firmeza) nuestra profesión”; y también: “Mantengamos firme, sin fluctuar la profesión de nuestra esperanza” (Hebreos 4:14 y 10:23).

En el Apocalipsis, cuando el Señor se dirige a las siete iglesias, a Tiatira le dice: “Lo que tenéis, retenedlo (con firmeza) hasta que yo venga”, y a Filadelfia le expresa: “Retén (con firmeza) lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Apocalipsis 2:25 y 3:11).

### ***Perseverar y velar***

El Señor les dijo a sus discípulos que velaran: “Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad” (Marcos 13:37).

Tenemos que velar para no dejarnos sorprender por el

diablo, quien merodea alrededor de nosotros; debemos velar como aquellos que esperan a su señor, tenemos que velar en oración: “Perseverad en la oración, velando en ella con acciones de gracias” (Colosenses 4:2). “Velad, pues, en todo tiempo orando” (Lucas 21:36). Tenemos que velar y mantenernos sobrios. “Sed sobrios, y velad” (1.ª Pedro 5:8). “Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios” (1.ª Tesalonicenses 5:6).

Cuando se trata de perseverar, comprobamos cuántos creyentes hay que comenzaron bien pero terminaron mal. Ellos serán salvos así como por fuego, pero no recibirán la corona de justicia que el Señor, juez justo, dará a todos los que aman su venida (su aparición), a aquellos que habrán guardado la fe, que habrán retenido con firmeza y que habrán perseverado y velado. No hay corona para aquellos que se apartan de la verdad, como Himeneo y Fileto, y que trastornan la fe de algunos, o para aquellos que aman este mundo, como Demas.

Muchos peligros se han manifestado desde el principio; peligros que hallamos descritos en las epístolas: los corintios estaban divididos; ellos no guardaban la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Los gálatas no se mantuvieron firmes en la fe; abandonaron el principio de la fe para ponerse bajo la ley. Los colosenses no se asieron con firmeza a aquel que es la Cabeza. Los tesalonicenses estaban en peligro de dejarse turbar por doctrinas extrañas. Los hebreos estaban en peligro de cansarse a causa de los sufrimientos que tenían que soportar. Finalmente, existe el gran peligro, el lazo del diablo en el cual Diótrefes se había dejado atrapar: él estaba hinchado de orgullo.

Dios nos provee la armadura completa para resistir los ataques del enemigo y para escapar de todos estos peligros;

pero eso no es todo: Él vela por nosotros para guardarnos, y somos “guardados por el poder de Dios mediante la fe” (1.ª Pedro 1:5). Además, Él “es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24).

Finalmente, y sobre de todo, es necesario que en nuestros corazones se manifieste el amor hacia nuestro Señor y Salvador, el sentimiento que nos une a su persona, y que tal amor no se debilite. Por el contrario, ¿no debe crecer siempre con el conocimiento de su propio amor, el amor de Cristo que sobrepasa todo entendimiento?

El Señor dice: “El que me ama, mi palabra guardará”, y añade: “Y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” ¡Que el amor con que Él nos amó esté en nosotros y que permanezcamos en su amor!

*M. Koehler (M.E. 1931)*

---

## SÉ SOBRIO EN TODO

2.ª Timoteo 4:5

El apóstol le escribe por última vez a Timoteo. El profundo afecto que siente por su “hijo” en la fe es conmovedor. Su clara mirada, mediante la cual, guiado por el Espíritu, él ve su tiempo y el porvenir hasta nuestros días es impresionante. Y su sobriedad es notable.

Tal como en el caso de Pablo, cuando alguien se encamina hacia su martirio y ya vislumbra que servirá de “libación” (cf. Filipenses 2:17), los grandes discursos de despedida no tienen lugar. Trata de dar los últimos pasos de su carrera con la

mirada clara y en línea recta. Pero tal clase de sobriedad no es fría en absoluto; más bien es la expresión de aquel que sabe en qué fundamento se apoya, que sabe y puede decir “yo sé a quién he creído” (2.<sup>a</sup> Timoteo 1:12).

El optimista espera que las cosas no sean tan graves como se podrían temer, y el pesimista teme que llegue lo peor. Pero éstas no son las actitudes correctas de un creyente. La sobriedad nos preserva de esos dos extremos. A veces se oye decir: «La razón calcula, pero la fe no calcula, sino que tiene confianza.» Por cierto, la fe tiene confianza. Sin embargo, ella también calcula, pero lo hace con Dios. Éste es el punto importante.

Hay situaciones en las que debemos tener una confianza ciega; por ejemplo, cuando nos llegan enfermedades u otras pruebas enviadas por Dios, cosas a las cuales estamos expuestas como criaturas. En estos casos, nuestro privilegio es saber que nuestros tiempos están en Su mano (Salmo 31:15) y que nada puede sucedernos sin que Él lo haya enviado. Pero cuando se trata de la parte activa de nuestra vida de fe, del cumplimiento de nuestras tareas, de guardar “el buen depósito” que nos fue confiado y del camino de fe que seguimos, entonces necesitamos poner en ejercicio ese sobrio cálculo de la fe que cuenta con Dios.

Cuando consideramos la enseñanza general que hallamos en 2.<sup>a</sup> Timoteo 4, vemos que la exhortación: “Pero tú sé sobrio en todo” concierne en primer lugar al peligro que entrañan las fábulas, las cuales inducen a apartarse de la sana enseñanza de la Palabra de Dios y provocan desvíos doctrinales. Y este peligro es tan actual como en los días de Timoteo. Las corrientes carismáticas, los “espíritus engañosos” y las “doctrinas de demonios” (1.<sup>a</sup> Timoteo 4:1), y las deformaciones del texto bíblico son algunos ejemplos de ello.

Pero Timoteo debía ser sobrio en todo. El apóstol Pedro expresa algo semejante cuando dice: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed **sobrios**, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1.<sup>a</sup> Pedro 1:13). No debemos permitir que nuestros pensamientos revoloteen de aquí para allá como un vestido sin ceñidor, sino que, con sobriedad, debemos contar con la gracia. Tal debe ser nuestra actitud básica, en todas las cosas. El apóstol Pablo vivía así. Esto se hacía manifiesto en momentos de combate. Cuando presentó su defensa ante el rey Agripa, y Festo lo reprendió diciendo: “Estas loco”, Pablo pudo responder con toda buena conciencia: “Hablo palabras de verdad y de cordura” (Hechos 26:24-25).

Sobriedad y ponderación demuestran que somos serenos y reflexivos en nuestro espíritu, que estamos exentos de pasión y de cambios de humor, con sus influencias ofuscadoras. A veces, el mundo dice: «El hombre nunca es más injusto que cuando piensa luchar por la justicia.» ¡Deseamos que no haya razones para que se diga esto respecto a lo que nos concierne en este asunto! Dios espera de nosotros otra clase de combate.

Cuando Judas nos exhorta, diciéndonos: “Que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos”, ciertamente es un llamado a toda nuestra determinación; pero determinación no quiere decir espíritu combativo. No olvidemos que allí donde tiene lugar el combate del Espíritu, también la carne siempre busca participar en la batalla. Entonces la lucha degenera en defensa de puntos de vista, y los intereses del Señor se ven relegados a segundo plano. Por desgracia, a menudo nos damos cuenta de ello cuando nos hallamos frente a las consecuencias de tal obrar, es decir, cuando ya es demasiado tarde.

El hecho de transitar los primeros meses de un nuevo año y mirar un poco hacia atrás nos lleva a reflexionar. Pensamos en muchas cosas que en el pueblo de Dios, lamentablemente, están marchando mal. Y el año que pasó no aportó la estabilización tan deseada. Pero, entonces, ¿qué bien nos hace leer estas otras expresiones dirigidas a Timoteo: “Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio (o de sobriedad) (2.ª Timoteo 1:7). ¡Qué don hallamos en este texto!, el poder de Dios para el servicio, el amor como móvil y la sobriedad como virtud. ¡Que Dios nos conceda la capacidad de ceñir “los lomos de nuestro entendimiento”, a fin de avanzar en el camino que se extiende delante de nosotros y trabajar para el Señor! Y si nos apoyamos en sus preciosas promesas, hagámoslo también con sobriedad.

El hecho de que el Señor está en medio de aquellos que se congregan en (o hacia) su nombre, aun cuando éstos sean sólo dos o tres, es una verdad que permanece inamovible. Pero tengamos el cuidado de no imitar a Elías cuando pensó: “Sólo yo he quedado” (cf. 1.º Reyes 19:10, 14; Romanos 11:3). Si ocurre que en alguna parte, efectivamente, se encuentran no más que dos o tres congregados en Su nombre, es una situación muy triste y de ninguna manera un motivo para gloriarse. El hecho de que, a pesar de esto, el Señor mantenga la promesa de su presencia es un testimonio particularmente conmovedor y asombroso de su fidelidad.

David dijo: “Con mi Dios asaltaré (o saltaré, atravesaré) muros” (Salmo 18:29). Tengamos confianza en Dios, aun en lo que parece imposible. Tomémosle la palabra, y alentémonos mutuamente a hacerlo.

*E.E. Hücking (M.E. 2007)*

## MEDITACIONES BREVES

### Nº 2

#### *El cuerpo del redimido*

1.ª Corintios 6:15-20

En este pasaje, el apóstol resalta cuidadosamente —en contraste con los principios corruptores del paganismo— que un miembro de Cristo está constituido no sólo por el espíritu y el alma del creyente, sino también por **su cuerpo**. “¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera?” ¡Qué santo respeto debe tener el creyente por su cuerpo, guardándolo de todo contacto con la **contaminación moral**, puesto que su cuerpo forma parte de Cristo!

El apóstol repite tres veces: “¿No sabéis?” Tal hecho debería estar siempre presente en mi memoria, para que mi conducta sea preservada de toda relación con la corrupción. Mi cuerpo no me pertenece más, tanto como no me pertenecen mi espíritu y mi alma. El conjunto de ellos fue comprado por precio; ¡y a qué precio!

El apóstol añade una expresión que me impresiona mucho: “¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios?” Yo me pregunto si nos damos cuenta de la extensión que abarca tal bendición. ¿Cómo?, ¡pues sí, el Espíritu Santo, **persona divina**, ha venido a morar **en mí!** Lo he recibido de Dios. Así como en la antigüedad Jehová había ido a morar en su templo en Jerusalén, así le agradó —cada creyente puede decirlo— venir a fijar residencia aquí abajo ¡**en mi cuerpo!** Esto significa no sólo que el pueblo de Dios como conjunto, como Iglesia, es el templo del Dios vi-

viente (Efesios 2:21; 2.<sup>a</sup> Corintios 6:16), sino también que el Espíritu lo ha constituido, santificándolo por la virtud de la sangre de Cristo, para venir a ser su morada, una morada digna de esta Persona divina: el Espíritu Santo.

Notemos que el cuerpo del redimido es el *Naos*<sup>1)</sup>; no es el *Hieron*<sup>2)</sup> o conjunto de los edificios sagrados, sino el **santuario**, donde mora la persona divina del Espíritu Santo, tal como en el pasado moraba en Jerusalén. Asimismo, no hay necesidad de ofrecer un sacrificio para purificar este santuario —como se necesitaba hacer antaño, bajo la ley, en el día de la expiación—, porque fue purificado una vez para siempre ante los ojos de Dios mediante el sacrificio de Cristo.

Y yo, ¿tendré que considerarlo de otro modo? ¿Acaso no sé que mi cuerpo es el *Naos* (santuario) del Espíritu Santo, el cual está en mí y el cual tengo de Dios? Él está **en mí**, pero mi cuerpo es su santuario, así como el templo era el santuario de Jehová que moraba, reinaba, entre los querubines. El Espíritu Santo, esta Persona divina, despliega desde allí sus infinitos recursos, toda su actividad, todo su poder, para acudir a ayudarme, dirigirme, instruirme, guiarme a toda la verdad, relacionarme con los objetos celestiales y cuántas cosas más aún, pues sus funciones se diversifican hasta el infinito.

¿Qué he hecho yo hasta ahora con este divino huésped?  
¿Lo he tratado con el temor y la reverencia que le son debidos?

1) *Naos*: Vocablo griego que indica la parte interior del templo, la casa propiamente dicha, el santuario en sí; no el conjunto del templo que abarca los atrios y las demás edificaciones sagradas. (N. del T.).

2) *Hieron*: Palabra griega que indica el conjunto del templo en general, es decir, la casa o santuario, incluyendo los atrios y las demás edificaciones sagradas que lo constituyen. (N. del T.).

Cuando el Espíritu me ha hablado de mi cuerpo enseñándome que es su templo, ¿lo he escuchado? ¿Me he atrevido a rebajar al Espíritu de tal manera que sólo le asigno el rol de oponerse a la carne para impedirme practicar las cosas que yo deseo? Antes bien, sabiendo que Él mora en este templo, ¿no debo estar atento para evitar todo acto con que puedo deshonrarle con mi cuerpo? ¿Qué repuesta daré a estas preguntas?

¡Dirige, pues, oh Dios, por tu Espíritu, mis pensamientos, mis palabras y mi pluma, para que tú seas continuamente glorificado en mi cuerpo, el cual es Su templo!

*H. Rossier (M.E. 1921)*

---

## HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 36)

### Capítulo 8

#### *Tomás*

“Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino” (Juan 20:24). ¡De cuántas bendiciones se privaba este discípulo! La Escrituras no nos exhortan en vano, particularmente en vista de los postreros días, al decirnos: “No de-

jando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre” (Hebreos 10:25).

Pero Tomás no estaba conciente de su yerro. Cuando los otros discípulos le dijeron: “Al Señor hemos visto” (Juan 20:25), él no quería creerles. Por cierto, tal actitud se explica, en parte, por una disposición natural de su persona.

Las Escrituras mencionan a Tomás sólo cuatro veces; sin embargo, su carácter se describe tal vez más claramente que el de los demás discípulos. Cuando éstos intentaban convencer a Jesús de que no fuera a Betania para consolar a las dos hermanas, recordándole que los judíos habían intentado apedrearlo, Tomás les dijo a sus condiscípulos: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Juan 11:7.8, 15,16). Esto manifiesta una conmovedora consagración al Señor de parte este discípulo, pero también su tendencia a inquietarse por cosas que jamás iban a suceder.

Y más tarde, mientras el Señor hablaba de su obra redentora y de sus gloriosos resultados, diciéndoles: “Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino”, Tomás respondería, casi con un tono de reproche: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” El hecho de estar —en Cristo y con Cristo— en camino hacia el Padre, hacia las moradas de la casa del Padre, donde el Señor mismo los introducía, no había causado mucha impresión en Tomás (14:1-7).

Aquí, le oímos decir: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré” (20:25). No sabemos cuántos de los discípulos estaban presentes “cuando llegó la noche de aquel mismo día” (el día de la resurrección), pero, seguramente, allí se encontraban varios testigos que habían visto y oído al Señor, y que incluso lo habían palpado con sus manos (1.ª Juan 1:1). ¿No es grave poner en duda un testimonio tan bien atestiguado? Pero, a Tomás ¡todo esto le importaba poco! Él interpuso sus condiciones: quería **ver** y **tocar** personalmente al Señor.

“Si no viere... no creeré.” ¡Cuánta vergüenza debe de haber

sentido luego por esas palabras! En el fondo, son las mismas expresiones que habían utilizado los enemigos del Señor, cuando insistían que les diese una señal: “... Para que veamos y te creamos” (Juan 6:30; cf. Mateo 12:38; 27:42).

De la misma manera, los judíos rechazan hasta hoy el testimonio que fue dado acerca del Resucitado, asumiendo la actitud que entonces había obligado a que el Señor pronunciara esta exclamación: “¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? (Mateo 17:17). Velemos para que no haya en nosotros un “corazón malo de incredulidad”, según la exhortación que hallamos en Hebreos 3:12.

Pero leemos que el primer día de la semana siguiente los discípulos se encontraban nuevamente reunidos, “y con ellos Tomás” (Juan 20:26). En el transcurso de la semana, este discípulo al menos había aprendido que no debía estar ausente otra vez en el encuentro. ¡Qué diferencia habrá existido allí entre los sentimientos de los discípulos y los de Tomás! Ellos lo esperaban y el Señor no los decepcionó, y deshizo por completo la incredulidad de Tomás.

“Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros” (v. 26). ¡Es maravilloso, en verdad, que esa visita fuera hecha muy especialmente teniendo como objeto a Tomás! Jesús se volvió hacia él y, sin preámbulos, le dijo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (v. 27). ¡Gracia admirable! Y cuando nos reunimos alrededor de Él, ¿no tenemos, más de una vez, la impresión de que el Señor Jesús se dirige a nosotros personalmente, cualquiera que sea el número de los que están reunidos?

Es ya algo notable ver al Señor dirigiéndose a Tomás, pero ¿no es aún más sorprendente oír lo que le dice? Se podría decir que es una repetición de las propias palabras de Tomás o de las condi-

ciones sobre las cuales él había insistido. Aquí nos encontramos delante del Dios que escudriña los corazones, delante de Aquel que, según su conocimiento perfecto, halla a cada uno exactamente en el terreno donde se encuentra. De este modo, toda duda fue despejada completamente. Tal paciencia y tal condescendencia quiebran la resistencia de este discípulo pesimista y lento de corazón para creer. “Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28).

Así sucederá también con Israel, su pueblo terrenal. Después de haber pasado por terribles juicios, ellos se prosternarán delante del Cristo glorioso cuyos pies se afirmarán sobre el monte de los Olivos (Zacarías 14:4). Ellos mirarán a aquel a quien traspasaron (12:10), “y todos los linajes (o tribus) de la tierra harán lamentación por él” (Apocalipsis 1:7). “Los fundiré (o acrisolaré) como se funde (o acrisola) la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios” (Zacarías 13:9).

“Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, créste; bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Juan 20:29). Ver y creer, tal será, en los días futuros, la parte del remanente de Israel restaurado, el cual, sin embargo, no alcanzará las bendiciones celestiales que le pertenecen a la Iglesia.

No ver y, a pesar de ello, creer, he aquí lo que caracteriza a los redimidos del tiempo actual de la gracia. Por cierto, ¡cuán bienaventurados son aquellos que se vuelven del mundo hacia Cristo, a quien el mundo rechazó! “Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto —diría el apóstol Pedro—, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1.ª Pedro 1:7-8).

La siguiente vez en que el Señor se revelaría a los discípulos, ¡Tomás no estaría ausente! Ésa será la cuarta y última vez que este discípulo se menciona en las Escrituras.

## Capítulo 9

### *En el mar de Tiberias*

Juan 21:1-14

“Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias” (v. 1). El versículo 14 dice que “esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos”. Esto no sólo nos da luz acerca de la cronología de los eventos (por otra parte, poco importante), sino que da un carácter particular a la escena que vamos a considerar ahora. Si la primera de esas tres apariciones evoca a la familia de Dios del tiempo presente (20:19), y la segunda al remanente de Israel de un tiempo futuro (20:24), la tercera aparición nos mostrará el resultado de la aceptación del Señor por parte de Israel; dicho de otra manera, **la obra de Cristo durante el Milenio**.

En estos versículos vemos que Él se presenta ante siete de sus discípulos, después de que éstos hubieran partido hacia Galilea, según Sus instrucciones (cf. Mateo 28:7, 10). “Y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos” (v. 1-2). Ciertamente, el hecho de que Tomás y Natanael sean mencionados —siendo cada uno de ellos en particular una figura del remanente de Israel (Tomás en Juan 20, y Natanael en Juan 1)— es significativo e indica en qué terreno nos encontramos, proféticamente hablando.

“Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo” (v. 3). ¿Estaba Pedro cansado de esperar, o se preocupaba por lo que iban a comer? Cualesquiera que fueran las razones que le impulsaron a retomar su antigua actividad, el camino en el cual se lanzó y arrastró a continuación a los demás discípulos no tenía la aprobación del Señor. ¿Acaso Él no los había llamado a ser pescadores de hombres? En ese momento, ellos “dejando luego (o inmediatamente) sus redes, le siguieron” (Marcos 1:18).

¿No estaban ahora abandonando ese camino bendito de la confianza y dependencia del Señor, y tanto más por cuanto Él les había indicado expresamente que se encontrarán en Galilea? (cf. Mateo 28:10).

“Fueron y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada” (v. 3). A primera vista, las circunstancias les eran favorables: ellos eran pescadores experimentados, trabajaban en un lago conocido aún hoy por su riqueza pesquera, y se hallaban en un buen lugar en el momento oportuno. Pero faltaba la bendición del Señor, de quien depende todo, tanto hoy como en la antigüedad. “Aquella noche no pescaron nada”; tal será siempre el resultado, cuando negamos nuestra posición de dependencia del Señor. “Él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo” (2.<sup>a</sup> Timoteo 2:13). Y aquella situación siguió así toda la noche, hasta el amanecer.

“Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús” (v. 4). No dice que Jesús llegó en ese momento, sino que él estaba allí. Si bien, por amor a ellos, el Señor no podía concederles el éxito en lo que intentaron llevar a cabo, no obstante, él había estado presente allí, aunque invisible, simpatizando con ellos en sus vanos esfuerzos. Su amor y su gracia van a la par de su fidelidad. Hallamos la prueba de esto en la manera en que lo vemos dirigirse ahora a sus discípulos cansados y decepcionados:

“Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” (v. 5). ¡“Hijitos”! ¡Qué ternura se encuentra en esta expresión! ¡Y cuán justa y apropiada es esta palabra aquí, motivado por la gran debilidad que acababan de sentir aquellos a quienes se dirigía el Señor! ¿Podía haber algo más apropiado para resaltar tal debilidad que este conciso pedido del Señor? Allí, en la playa, estaba un extraño que les pedía algo de comer. A pesar de los esfuerzos que habían hecho durante toda la noche, ellos no tenían absolutamente nada para ofrecerle. Sus redes, sus barcas y sus manos estaban vacías, ¡y ni siquiera podían satisfacer su propio hambre!

Simón y los hijos de Zebedeo habían dicho: “Maestro, toda

la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado” (Lucas 5:5), cuando experimentaron eso la primera vez. Y en este momento, ellos habrían podido repetir lo mismo; pero sus labios sólo atinaron a pronunciar un breve y penoso “no”. Y cuando se nos pregunta si son provechosos los actos dirigidos por nuestra propia voluntad, nuestra respuesta siempre será “no”.

Los discípulos respondieron “no” sin haberse dado cuenta aún que delante de ellos estaba Aquel que ya les había demostrado que es el único que tiene todo poder y brinda toda bendición.

“El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis” (v. 6). Esto, ciertamente, ya lo habían hecho muchas veces en el curso de la noche pasada, pero sin el Señor y contando sólo con sus propias fuerzas. El Señor ya les había dejado experimentar algo semejante en otra oportunidad. ¿Y acaso no fue Él también quien un día había preparado un gran pez para Jonás, y otra vez uno pequeño para Simón Pedro a fin de ayudarlo a salir de la situación complicada en que éste se vio involucrado por su propia voluntad? (Jonás 1:17; 2:10; Mateo 17:27). “Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y comáis pan de dolores; pues a su amado dará Dios el sueño” (Salmo 127:2). “La bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella” (Proverbios 10:22). Sin Él no hay nada; con Él lo tenemos todo. Tal es la gran lección que aprendemos de estas Escrituras.

Para aprender dicha lección, en primer lugar necesitamos aprender a ser humildes, considerarnos pequeños ante nuestros propios ojos. “Entonces la echaron...” Es notable el hecho de que los discípulos, pescadores experimentados, obedecieran sin discutir ¡y acataran el consejo de un desconocido! Esto demuestra hasta qué punto ellos habían perdido toda confianza en sus propias capacidades y estaban desconcertados. Pero fue entonces, precisamente, cuando el Señor se presentó, dispuesto a bendecir ricamente.

“Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces” (v. 6). Tal como en el relato de Lucas 5,

“habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces”. Así obra nuestro Señor. Ya sean las “aves del cielo” o “los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar” (Salmo 8:8), o “toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados” (Salmo 50:10), o aun la plata y el oro (Hageo 2:8), todo le pertenece. Él puede decir: “Mío es el mundo y su plenitud” (Salmo 50:12). Y, además, ahora Dios ha exaltado a su Hijo “por encima de todos los cielos” y nos ha bendecido “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 4:10 y 1:3). “Se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuiseis enriquecidos” (2.<sup>a</sup> Corintios 8:9).

La sorprendente bendición que los discípulos recogieron en su red impulsó a uno de ellos a reflexionar repentinamente. Se acordó del Señor, en quien no habían pensado, en absoluto, desde hacía varias horas. Y “aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor!” (v. 7). Entonces nada pudo detener a Simón Pedro. Con su impetuosidad habitual, él se precipitó y se adelantó a todos los demás; pero, esta vez, para provecho suyo. ¡Qué espectáculo particularmente conmovedor nos ofrece esta escena! El hecho de que Juan haya sido el primero en reconocer al Señor, en virtud de su íntima y constante comunión con él, ciertamente habla a nuestros corazones. ¡Pero cuánto más aún nos habla la conducta de Pedro! “Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos” (v. 7-8).

El encuentro personal que Pedro había tenido con el Señor, después de su grave caída, había producido en este discípulo un inmenso cambio (Lucas 24:34). La gracia del Señor, que restaura, había desterrado todo lo que habría podido mantenerlo a distancia. Su amor perfecto echaba fuera todo temor. El corazón de Pedro estaba lleno de un único deseo: estar con su Señor lo más rápido posible. Él olvidó que aún tenía un trabajo ante sí, y que los demás quizá

le reprocharían el hecho de haber tenido que sacar la red sin su ayuda. No pensó en que su apuro no le aprovecharía demasiado, ya que estaban cerca de la orilla. No, no fue la reflexión, sino el amor, lo que le impulsó a obrar así.

Y tal amor estuvo acompañado de un gran respeto. “Se ciñó la ropa”, la cual podía ser molesta para nadar. Él no quería aparecer desnudo delante del Señor, sino convenientemente vestido. La gracia había obrado en el corazón de este discípulo que, recientemente, en el curso de una noche trágica, había afirmado: “No conozco a este hombre.”

¿Y el Señor? Mientras que aquella noche sus enemigos habían encendido un fuego que fue un lazo para Simón Pedro (Juan 18:18), aquí, el Señor preparó un fuego que esperaba a Pedro y a sus compañeros ateridos de frío, cansados y hambrientos, después de su ruda labor. ¡Qué contraste se ve entre esa sombría noche y el amanecer que despuntaba ahora! “Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan” (v. 9). Peces en la red de ellos ¡y, aun, un pez y pan en la playa! Así el Señor dejó atónitos a sus discípulos, quienes habían creído que eran capaces de hacer algo sin él.

Pero el Señor valoró también los peces que los discípulos habían atrapado. “Jesús les dijo: Traed los peces que acabáis de pescar” (v. 10). Entonces Pedro aportó nuevamente su ayuda. Con el corazón desbordante de gozo en presencia de su Señor, llevó a cabo el trabajo solo. Involuntariamente, nos acordamos del día de Pentecostés: “Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió” (v. 11).

Anteriormente, el Señor le había dicho al pequeño remanente que se había determinado seguirle: “Os haré pescadores de hombres” (Mateo 4:19). En el versículo que estamos considerando vemos, en figura, el cumplimiento de esa palabra. El día de Pentecostés, “como tres mil personas” fueron tomadas en la red arrojada por

Pedro y sus compañeros, lo cual es una imagen gloriosa de la extraordinaria pesca, aún venidera, cuando el remanente judío futuro echará su red en el mar de las naciones, en el establecimiento del reino milenial. Así como en el relato de Juan vemos que ya se encontraban peces delante del Señor, así también, para Dios, el producto de esa pesca extraordinaria no formará parte de los primeros frutos de entre las naciones. Los creyentes del tiempo actual de la gracia ¿no son acaso “primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18)? Pero, ¿qué contraste se ve en el número de ellos! Un día serán “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Apocalipsis 7:9). Y, a diferencia de la primera pesca, la red no se romperá; pues entonces la obra del Señor no sufrirá ninguna pérdida.

Ahora, el Señor los conduce a la mesa que él ha levantado. “Les dijo Jesús: Venid, comed” (v. 12). “Venid vosotros aparte... y descansad un poco” (Marcos 6:31). Después del trabajo viene el reposo. Tales son los caminos del Señor. Ningún otro puede bendecir la labor como Él, y tampoco hay nadie que sea tan sensible ante las necesidades de sus siervos. Esta escena entera está impregnada de una santa paz y de un santo discernimiento. “Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú quién eres? sabiendo que era el Señor” (v. 12).

Luego, de manera habitual, distribuyó esos simples alimentos. “Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado” (v. 13). Ese momento íntimo y lleno de gozo que los discípulos pasaron en compañía del Señor, ese recuerdo de aquellos momentos que ellos pasaron con él en aquel tiempo, esa tercera manifestación del Señor resucitado, prefigura el tiempo, muy cercano ya, en que “estaremos siempre con el Señor” (1.ª Tesalonicenses 4:17). Léase también Lucas 12:37.

(Continuará)

*¡En pos del Maestro, no importa sufrir!  
Aunque haya enemigos, tropiezos sin fin;  
si estrecha es la ruta ¡no retroceder!  
Siguiendo al Maestro podremos vencer.*

*Prosigamos decididos,  
escudados por la fe,  
a las órdenes del Cristo  
que nos guía con su santa ley.*

*¡En pos del Maestro, por todo lugar!  
Lo mismo en peligros que en la adversidad;  
si oscura es la senda, ¡tengamos valor!  
Su rostro glorioso nos da resplandor.*

*¡En pos del Maestro, sin vacilación!  
Su voz acatemos con resolución;  
estemos alerta en contra del mal  
y grandes victorias Jesús nos dará.*

*Gozo tenemos por Cristo Jesús,  
felicidad nos ganó por su cruz;  
puras delicias andando en la luz,  
y gozaremos de gloria sin par.*

*¡Gloria sin par con el Señor!  
¡Gloria sin par por su favor!  
Vamos muy pronto a los cielos llegar,  
do gozaremos de gloria sin par.*

*Gracia con paz el nos multiplicó,  
su gran potencia vida nos obró;  
sobre su pueblo su rostro alzó,  
y gozaremos de gloria sin par.*

*Gloria será nuestro Salvador ver,  
a la imagen del Hijo siempre ser;  
estar con Él, inefable placer,  
sí, gozaremos de gloria sin par.*